

la hora venidera, ó el día, ó el día siguiente, ó la semana, el año, la vida, los siglos, las centenas de siglos, ó, en fin, la conciencia que tiene la perspectiva de lo infinito, como una dudosa aurora. Una inteligencia semejante imprime siempre al carácter el sello de sus meditaciones.

Estas diferencias de inteligencia se manifiestan igualmente en la rapidez del pensamiento. La influencia de esta rapidez es capital, y sus gradaciones son tan numerosas y tan insensibles como las velocidades de los puntos sucesivos del radio de una circunferencia en rotación. La distancia á que alcanza el pensamiento de un individuo en la concepción de los efectos y las causas, parece estar en relación con la rapidez, pues la tensión extremada de las facultades intelectuales, en general no puede tener más que muy corta duración, y en ese breve momento es cuando puede ser meditado en su totalidad un pensamiento. Lo que importa es ver hasta dónde podrá perseguirle la inteligencia en un instante tan breve, es decir, qué espacio podrá recorrer en ese tiempo. Por otra parte, la rapidez podrá ser suplida, por algunos, con el mayor tiempo, durante el cual son capaces de absorberse en la meditación de un pensamiento único. Parece probable que el pensamiento lento y sostenido es el propio de los espíritus matemáticos, y el pensamiento rápido el del genio; éste tiene alas, el otro pasos lentos y seguros sobre terreno firme. Pero en las mismas ciencias, cuando no se trata de operar con meras cantidades, sino de penetrar la naturaleza de los fenómenos, no basta esa segunda especie de inteligencia. Así lo prueban, por ejemplo, la teoría de los colores de Newton, y las divagaciones de Biot, sobre los anillos coloreados, las cuales, por lo de-

más, se derivan de la teoría atomística de la luz, profesada por los franceses, es decir, las *moléculas de luz*, y en general, de la idea fija que tienen de reducirlo todo en la Naturaleza á puras acciones mecánicas. Esa misma inmensa diferencia individual de las inteligencias se manifiesta en el grado de claridad de la comprensión, y, por tanto, en la precisión del pensamiento en su conjunto. Uno comprende ya, cuando otro no hace más que entrever el objeto; uno acaba y llega á la meta cuando el otro está empezando; lo que es ya solución para unos, apenas es problema para otros. Depende esto de la *calidad* del pensamiento y del saber, de que ya hemos hablado. Así como hay habitaciones más claras que otras, hay tambien cerebros más luminosos que otros.

Se percibe esta calidad del pensamiento apenas se leen algunas páginas de un escritor. Pues al leer debemos ponernos en el lugar del autor y pensar en el sentido en que piensa. Antes de saber todo lo que ha pensado, vemos cómo lo ha pensado, cuál es el giro y la contextura de su manera de pensar, la cual permanece idéntica sea cualquiera el asunto, poniendo su sello en la marcha de las ideas y en el estilo. Por esto se advierte en seguida el paso á que camina la inteligencia, y se conoce la agilidad, la viveza y el impetu de un espíritu alado, ó al revés, el paso lento, pesado, rígido y cojo de una inteligencia poco despierta. De igual modo que el idioma refleja el espíritu de una nación, el estilo lleva el sello del espíritu del escritor: es su fisonomía. Conviene desechar todo libro que nos conduzca á regiones más oscuras que las que habita nuestra propia inteligencia, á menos que busquemos hechos y no pensamientos. Además, para que la lectura de un autor nos sea útil, se requiere que su concepción sea

más penetrante y más precisa que la nuestra; que sus pensamientos aceleren el curso de los nuestros en lugar de hacerle más lento. Un cerebro obtuso nos obligaría á contentarnos con el paso de tortuga de su pensamiento. Los buenos autores son aquellos cuyos escritos hacen avanzar nuestro espíritu, y nos arrebatan, y nos llevan adonde no habríamos podido llegar por nuestro solo esfuerzo. Goethe me dijo un día, que después de haber leído una página de Kant se sentía como si acabara de entrar en un aposento lleno de luz. Los cerebros inferiores no lo son solamente porque estando mal organizados juzgan de un modo falso, sino también á causa de la falta de precisión de todo su pensamiento. Se parecen á un antejo malo á través del cual los contornos aparecen confusos y como borrados, confundiéndose los diversos objetos. Las cabezas así organizadas, no aspiran siquiera á una claridad ante la cual retrocede su débil entendimiento; se contentan con la penumbra, en la cual, para asegurarse, se apoderan de palabras, particularmente de aquellas que expresan conceptos indeterminados, muy abstractos, inusitados y muy difíciles de explicar, tales como infinito y finito, sensible y suprasensible, idea del ser, ideas de razón, absoluto, idea del bien, divino, libertad moral, facultad de autogenesis, idea absoluta, sujeto-objeto, etc. Esto es de lo que hablan constantemente y con aplomo tales gentes, convencidos de que eso significa algo y de que los demás están obligados á contentarse con ello. Para estos espíritus, lo superlativo en la ciencia consiste en poseer en todas las materias ciertas frases hechas y en saber colocarlas por su orden. La satisfacción que experimentan pagándose de palabras, es característica de esos espíritus defectuosos, y precisamente depende

de su ineptitud para las nociones claras y precisas, cuando no se trata de las cosas más vulgares sencillas, y asimismo, de la debilidad y pereza de su inteligencia, de la conciencia que tienen de estos defectos y de la dura necesidad que se les impone desde un principio de pasar por pensadores. Para atender á esta exigencia en cualquier circunstancia hacen acopio de frases hechas. Es un espectáculo cómico ver en su cátedra á un profesor de filosofía de esta laya, recitando de buena fe esa fraseología sin sustancia, convencido de que hay en ella pensamientos, y ver en el aula á los estudiantes, que de buena fe también y con la propia convicción, escuchan religiosamente y redactan sus apuntes, cuando ni uno ni otros van más allá de las palabras, y el sonido de éstas y el rumor de las plumas sobre el papel, son lo único real que hay en el asunto. Esta singular disposición á contentarse con palabras, contribuye más que nada á perpetuar los errores. Apoyado en las frases y en las palabras tradicionales heredadas de sus predecesores, cada cual pasa sin detenerse junto á las cuestiones oscuras y á los verdaderos problemas, de donde resulta que estas oscuridades y estos problemas permanecen inobservados durante siglos, se propagan de libro en libro, y los pensadores, sobre todo en su juventud, se preguntan si son ellos los que no pueden comprender ó si no hay nada inteligible en aquello que les parece oscuro, y si el problema junto al cual pasan aquellos escritores siguiendo el mismo camino y con una seriedad tan cómica, no es tal problema para ellos ó es que no lo quieren ver.

Muchas verdades permanecen así ocultas, porque nadie tiene el valor de mirar de frente el problema y de marchar en línea recta hacia él. Por el contra-

rio, la claridad del pensamiento y la precisión de las nociones, cosas propias de los espíritus eminentes, hacen que las verdades ya conocidas adquieran nueva luz expuestas por ellos, ó que al menos ofrezcan nuevo encanto. Cuando se les escucha ó se les lee, parece que acabamos de trocar un mal antejo por otro bueno. Véase, por ejemplo, en las *Cartas* de Euler á una princesa de Alemania, la manera de exponer los principios fundamentales de la mecánica y de la óptica. Por eso Diderot, en su *Neveu de Rameau*, observa que sólo los maestros consumados saben exponer bien los rudimentos de una ciencia, pues ellos solos comprenden las materias á fondo y jamás suplen con palabras los pensamientos.

Pero bueno es que se sepa que los malos cerebros son la regla, los buenos la excepción, los eminentes una rareza y el genio un milagro. A no ser así, ¿cómo sería posible que al cabo de seis mil años el género humano, que cuenta cerca de 800 millones de individuos, nos hubiera dejado todavía tantas cosas por descubrir, por inventar, por meditar y por decir? La inteligencia está hecha únicamente para la conservación del individuo, y de ordinario apenas basta para llenar esta misión. Mas la Naturaleza ha obrado sabiamente al mostrarse tan poco pródiga en grandes inteligencias, pues las inteligencias limitadas pueden abarcar de una ojeada las relaciones poco numerosas y poco complicadas que comprende su esfera de acción, y manejar las palancas necesarias con facilidad mucho mayor que los espíritus eminentes, cuya esfera es incomparablemente más extensa y más rica, y que trabajan con ayuda de largas palancas. Así el insecto, en los tallos y en las hojas que habita, verá mejor que nosotros y con más minuciosa exactitud to-

dos los detalles, y en cambio no divisará á un hombre á tres pasos. Esto es lo que explica la malicia de los tontos y lo que ha dado origen á la paradoja: «Hay un misterio en el ingenio de las personas que carecen de él.» En la vida práctica, el genio es de la misma utilidad que un telescopio en el teatro.

Vemos, pues, que en lo concerniente á la inteligencia, la Naturaleza es eminentemente aristocrática. Las distinciones que establece en este respecto son más marcadas, que cuantas han fundado el nacimiento, la riqueza, la categoría social ó las castas; pero en esta aristocracia natural como en las otras, hay mil plebeyos por cada noble, millones por cada príncipe, y la multitud no es más que canalla.

Verdad es que entre la jerarquía de la Naturaleza y la jerarquía convencional existe un contraste violento, que no se borraría como no sea en la edad de oro. Los que están colocados á la cabeza de las dos listas jerárquicas tienen, sin embargo, de común, el que viven, por lo general, en un noble aislamiento. A ésto aludía Byron al decir:

...Sentirme en la soledad de los reyes  
sin el poder que les da la corona.

La inteligencia es un principio que *diferencia*, y que, por lo tanto, separa. Sus varios grados, más todavía que los diferentes grados de instrucción, dan á cada uno nociones diversas, de donde se sigue que en cierta manera cada cual vive en un mundo donde no halla más que iguales, pues en cuanto á los demás sólo puede hacerse entender por ellos desde lejos y elevando la voz. Una alta posición social, unida á un gran desarrollo intelectual, abre entre un hombre y otro un hondo abismo que sólo la bondad de corazón

puede ayudar á salvar, pues esa bondad es el principio opuesto, el principio unificador que identifica con el propio yo á los demás seres. Mas esta identificación es sólo moral y no puede llegar á ser intelectual. Aun suponiendo un grado igual de instrucción, el comercio intelectual entre un espíritu sobresaliente y un cerebro vulgar, será análogo al viaje que podría hacer un jinete montado en brioso corcel, en compañía de un peatón. La compañía se les haría bien pronto intolerable á ambos, y acabaría por ser imposible. Por un momento, el jinete podrá echar pie á tierra y caminar paso á paso con su compañero; pero aun entonces, la impaciencia de su cabalgadura le causará mucha molestia.

Sería muy útil al público el conocimiento de esa aristocracia intelectual de la naturaleza. Le ayudaría á comprender que mientras se trata de hechos, es decir, de objetos de la experiencia, de viajes, de códigos, de historia, de crónicas, basta una inteligencia normal para tratar estos asuntos; pero que cuando se trata de pensamientos, y sobre todo de aquellos cuyos datos y cuya materia prima son accesibles á todos, y en que, por consiguiente, lo que se busca es saber pensar antes que los demás, es condición indispensable poseer esa superioridad indisputable, esa eminencia innata del espíritu que sólo la naturaleza puede otorgar y que otorga muy rara vez.

Si el público se penetrara de esto, no perdería el tiempo limitado de que puede disponer para instruirse leyendo producciones de cerebros vulgares, como esas obras insignificantes y mediocres que así en poesía como en filosofía aparecen cada día en mayor número; no correría tras las novedades, cual si pensara que los libros son como los huevos, que sólo valen siendo

frescos; se atendería, por el contrario, á las obras del reducido grupo de los elegidos de todos los tiempos y de todas las naciones, trataría de conocerlas y de estudiarlas, y adquiriría así, poco á poco, verdadera instrucción. Esto libraría al mundo, al mismo tiempo, de esos millares de producciones sin valor alguno, cizaña que impide crecer al trigo.